

La crítica, el lector y la cándida literatura

Ana Merino

ANA MERINO DESENTRAÑA LOS SIGNIFICADOS Y LOS VÍNCULOS DE UNO DE LOS CUENTOS MEMORABLES DE GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, *LA INCREIBLE Y TRISTE HISTORIA DE LA CÁNDIDA ERÉNDIRA Y DE SU ABUELA DESALMADA*.

Eréndira traza en el desolado paisaje de su cuerpo uno de los relatos más sobrecogedores de Gabriel García Márquez. Concebida dentro del universo de Macondo como un personaje de paso, ha sabido construir un espacio literario donde la memoria de su desgracia permanece.

¿De dónde vino esa niña tocada por un viento funesto? Convertida en el placer opaco de todos los hombres, desgarrada por dentro y por fuera, con su piel deshecha por los infinitos abrazos sin amor.

Cuentan que allá por los años cuarenta Gabriel García Márquez quedó conmovido por la historia de una niña obligada a prostituirse por una matrona que bien podía ser su abuela¹. El propio Gabriel García Márquez rememora ese suceso como parte de su vida:

Hace muchos años, en una noche de parranda en un remoto pueblo del Caribe, conocí a una niña de once años que era prostituida por una matrona que bien hubiera podido ser su

¹ Dasso Saldívar, en su biografía sobre Márquez, dedica algunas páginas a esta historia sobre esta niña y como surgió en el imaginario del autor (pp. 263, 164, 507, 508).

abuela [...] Yo tenía entonces dieciséis años y era consciente de que tarde o temprano sería escritor (*Notas de prensa* 1980-1984).

Este fragmento de cruda realidad, de la que Márquez fue testigo, o tal vez escuchó narrar como algo cierto, muestra a una niña de verdad quebrada por los abusos sexuales, transformada en un objeto negociable, despojada de libertad, abandonada al desaliento.

Años después cuando Gabriel García Márquez escribió *Cien años de soledad* recuperó la imagen de esa niña que tanto le había impresionado en su juventud. Hacía llegar al Macondo que construyó en su universo literario a «una mujer tan gorda que cuatro indios tenían que llevarla cargada en un mecedor», y a «una mulata adolescente de aspecto desamparado que la protegía del sol con un paraguas» (p. 127).

Esa niña costaba veinte centavos, «tenía la piel en carne viva. Tenía el pellejo pegado a las costillas y la respiración alterada por un agotamiento insondable» (p. 129). Márquez relataba a grandes rasgos los antecedentes que habían llevado a la joven a tan penosísima situación:

Dos años antes, muy lejos de allí, se había quedado dormida sin apagar la vela y había despertado cercada por el fuego. La casa donde vivía con su abuela que la había criado quedó reducida a cenizas. Desde entonces la abuela la llevaba de pueblo en pueblo, acostándola por veinte centavos, para pagarse el valor de la casa incendiada (p. 129).

Esta vida de sometimiento y prostitución surgió de las cenizas de un incendio. Su abuela paterna, el único referente afectivo vivo de Eréndira, le culpó del accidente, y la castigó transformándola en un objeto sexual a través del cual obtener ganancias y de este modo redimir la culpa.

Así, en pocas páginas, sobre la tierra de Macondo estaba de paso aquella niña que sería la iniciadora sexual simbólica de Aureliano. Un Aureliano incapaz de hacer nada, aturdido, que «no pudo dormir pensando en la muchacha, con una mezcla de deseo

y conmiseración» porque «[s]entía una necesidad irresistible de amarla y protegerla» (p. 129).

Surgían los primeros bocetos del relato angustioso de una niña convertida en prostituta por su abuela. Esta historia fabricada por un viento desgraciado merecía ser un relato autónomo². Y de este modo se convirtió en un pequeño libro donde las líneas de aquellos primeros trazos desgarradores tuvieron su propio universo literario.

Para Walter Benjamín «Los libros y las prostitutas tienen cada cual su tipo de hombres que viven de ellos y los atormentan. A los libros, los críticos» (p. 47) y a la pobre Eréndira, su abuela y todos los hombres que utilizaron su cuerpo.

La crítica se desliza por los libros con el mismo ansia con el que los hombre penetraron a Eréndira. Esa violación consentida e incitada por su abuela, tiene la absurda pretensión de reunir unas monedas destinadas a reconstruir el viejo sueño de un espacio de cenizas. ¿A quién representa esa abuela desalmada que negocia con la candidez de su nieta? ¿A quién representa la crítica que se enajena de los textos y piensa que con poseerlos una tarde, deshacer sus hojas entre los dedos, subrayar sus líneas, saciar su sed de citas, puede suplantar a la propia literatura?

Las historias llenas de tanta verdad como ésta deberían enseñarnos a reconocernos en ellas como víctimas y verdugos. A madurar un poco en sus páginas porque cada personaje lleva entre sus dedos fragmentos de nuestras propias debilidades. Somos aprendices de críticos, clientes de los libros, porque nadie nos explica que el amor a la literatura puede ser de otro modo. Y cuando queremos romper el hechizo de esa rutina de amor de veinte pesos, nos parecemos un poco a ese hombre lento y conoedor que amasa la pasión con dulzura, que se atreve a sugerir a la desalmada abuela: «-Eréndira se va conmigo, si usted no ordena otra cosa. Es con buenas intenciones» (p. 281). Pero al igual que él, no somos capaces de cambiar nuestros discursos de «perlas legítimas» de contrabando por la buena literatura. Porque los libros como dice Walter Benjamín al igual que «las prostitutas se han amado desde siempre con un amor desgraciado» (p. 47) y sólo un joven llamado Ulises hijo de un granjero holandés y de una

² También inspiraría un guión cinematográfico.

india será capaz de amar a Eréndira con un amor lo suficientemente intenso y desgraciado como para cambiar los colores de las cosas al tocarlas, como para robar, matar y enloquecer.

Foucault cuenta en su *Historia de la sexualidad* (vol. 2), al reflexionar sobre «el ser del amor», que inicialmente se parte de la idea del amor como arrebató que lleva al amante/enamorado a intentar alcanzarlo siendo «aquello a lo que aspira». Ulises primero asocia el amor con Eréndira como algo material alcanzable a través del dinero: «-Me llamo Ulises, dijo. Le enseñó los billetes robados y agregó: -Traigo la plata»(p. 287). Sin embargo en la relación que se establece entre Ulises y Eréndira hay una transición porque «Eréndira lo había querido tanto, y con tanta verdad, que lo volvió a querer por la mitad de su precio [...] y lo siguió queriendo sin dinero hasta el amanecer»(p. 290).

El amor entre estos jóvenes buscará consolidarse a través de un intento de huida por el desierto en un camión lleno de jaulas con pájaros que Ulises roba a su padre. Pero serán capturados y obligados a separarse, a romper el abrazo de su pasión. Eréndira recorrerá el desierto con su abuela deshaciendo su cuerpo bajo la piel de los hombres que no saben amar. Apenas vive espejismos de 'libertad' cuando conoce a Ulises o cuando los misioneros se la llevan y la quieren 'purificar' sometiéndola al ritual de encalar «los peldaños de las escaleras cada vez que alguien las pisara» (p. 294). En el convento Eréndira sentirá su «oficio de mula» como «un domingo de todos los días después de la galera mortal de la cama» (p. 294). Por eso el día que hable por primera vez en el convento dirá que es feliz, porque en cualquier otra circunstancia, alejada de las ansias de su abuela y de los hombres sin amor, ella puede encontrar su rincón de sosiego.

Pero la abuela, al igual que la crítica, encuentra las fórmulas con las que volverse a apropiarse y someter a su nieta, o al texto. Y cuando más tarde Eréndira escape con Ulises, la abuela ya habrá logrado una carta documento de un tal senador Enésimo Sánchez que garantizando la moralidad y buenas costumbres de la niña, le permitirá manipular a la analfabeta autoridad civil con el fin de recuperar a su nieta para continuar explotándola sexualmente.

Sin embargo, entre Ulises y Eréndira existe un amor sobre el cual filósofos como Diotima y Sócrates ya se interrogaron de manera ontológica siglos atrás: «el ser mismo de este amor, su naturaleza y su origen, aquello que constituye su fuerza y aquello que lo lleva con tal obstinación o con tal locura hacia su objeto» (Foucault, p. 216). ¿Qué fuerza le lleva a Ulises hasta los confines de la desesperación? ¿A quienes representa este personaje desesperado capaz de escuchar la llamada de la voz interior de Eréndira en la remota distancia?: «-Ulises. Ulises despertó de golpe en la casa del naranjal. Había oído la voz de Eréndira con tanta claridad, que la buscó en las sombras del cuarto» (p. 311).

Ulises tiene los rasgos del lector puro y entregado a la literatura. Capaz de atreverse a envenenar a la crítica, pero limitado por la fortaleza de la misma: «-Está más viva que un elefante- exclamó Ulises-. ¡No puede ser!/Eréndira lo atravesó con una mirada mortal. -Lo que pasa -dijo- es que tú no sirves ni para matar a nadie» (p. 315).

La literatura reprocha a sus lectores, como Eréndira a Ulises, su incapacidad para cambiar el orden de las cosas. Sin embargo, tras el esfuerzo de Ulises, se originan pequeños cambios en la rutina de la abuela: «decidió que Eréndira no recibiera ningún cliente antes de las once, y le pidió que le pintara las uñas de color granate y le hiciera un peinado de pontifical» (p. 316).

Otro intento fracasado es cuando Ulises hace estallar el piano y solo consigue aumentar la deuda; por lo que en su último esfuerzo por liberar a Eréndira tendrá que luchar cuerpo a cuerpo contra esa matrona desalmada. Eréndira observará «con impavidez criminal» a Ulises acuchillar a un ser «de sangre oleosa, brillante y verde».

Eréndira cuando se da cuenta de que por fin era libre su rostro adquiere «de golpe toda la madurez de persona mayor que no le habían dado sus veinte años de infortunio» (p. 319). Y así saldría con el chaleco de oro que su abuela había fabricado a fuerza de someterla a tantos hombres sin entrañas y correrá «más allá de los vientos áridos y los atardeceres de nunca acabar» (p. 320).

Para Ulises el mundo de Eréndira se volverá inalcanzable: «Libros y prostitutas: raras veces verá su final quien los haya poseído. Suelen desaparecer antes de perecer» (Benjamín, p. 48).

Quedará agotado tras ese asesinato por amor, llamará a Eréndira «con unos gritos desgarrados que ya no eran de amante sino de hijo» (p. 319). El lector perderá al igual que Ulises el rastro de aquella niña sometida por todos los hombres sin amor. El lector, el pobre lector enamorado se convierte en verdugo de la vieja crítica y se olvida que aquellos clientes advenedizos eran tan culpables como la abuela. Y que él mismo, como amante o como lector, se atrevió en un principio a penetrar en esa niña mágica y desgraciada del mismo modo que los otros. Esa niña infinita que sólo quería tener un espacio en el desierto donde respirar sin angustia y dormir tranquila.

Bibliografía

- Benjamín, Walter: *Dirección única*. Alfaguara Literaturas, Madrid: 1988.
- Foucault, Michel: *Historia de la sexualidad* (vol. 2). Siglo XXI, edit. Madrid 1993.
- García Márquez, Gabriel: *Cien años de soledad*. Cátedra: Letras Hispánicas, Madrid 1984.
- *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada*. Barral editores, Barcelona 1972.
- Saldívar, Dasso: *El viaje a la semilla*. Alfaguara, Madrid 1997.